

LA TRIBUNA

Periódico liberal monárquico de avisos y noticias
Defensor de los intereses provinciales

La correspondencia al Administrador: ANCHA, 26, 2.º

No se devuelven los originales

Precios de suscripción: 0'75 pesetas trimestre

El nombramiento de Alcalde

Lo ha dejado libre el Gobierno disponiendo de dos concejales monárquicos a quienes conferir la vara; y como los nacionalistas no se han recatado de decir públicamente que el milagro lo ha operado Salvatella y por otra parte nosotros, que hemos conocido día por día, minuto por minuto, el proceso de esa *affaire*, confesamos ingenuamente que realmente ha podido más un republicano que todos los monárquicos juntos, pero piadosamente discurriendo hay que aceptar que cuando el Gobierno ha procedido en la forma que lo ha hecho habrá tenido poderosas razones de alta conveniencia política que le han aconsejado no hacerlo de otra manera.

Es evidente que no se ha complacido a Salvatella por el solo gusto de complacerle, sino que ello se ha hecho en virtud de ciertos pactos y condiciones, del *do ut des*, como se dice en términos forenses, pues no se concibe que sin dar nada, sin la debida compensación, el Gobierno haya echado por la borda a todos los monárquicos para darse el gusto de complacer a un Diputado republicano. No; esto en buena lógica no se concibe.

Seguramente ello obedece a la política de atracción de las izquierdas, en cuyo caso claro está que hemos de alegrarnos de la solución que se ha dado al asunto, ya que discurriendo lógicamente hemos de suponer que en no lejano día encontraremos a Salvatella en el campo de la Monarquía, con cuyos Gobiernos tan buenas migas hace, como nos hemos encontrado ya con Melquíades Alvarez, y ello ha de ser motivo de satisfacción para todos los buenos monárquicos.

Porque si todo lo sucedido no tuviera otra finalidad que las sordidas y premiosas colaboraciones y los pactos inconfesables de que hablaba Maura, entonces sería ocasión de que los monárquicos recordáramos al Gobierno que los republicanos irreductibles, aquellas figuras venerables como Pi y Margall, cuya santa intransigencia mereció todos nuestros respetos, jamás mariposeó por los despachos de los Ministros para pedirles favores políticos. Y cuando Salvatella lo ha hecho y ha conseguido lo que se proponía, bien podemos suponer, sin ofensa para él ni para nadie, que si no se ha desdeñado de pedir y obtener un

favor del Gobierno de S.M. no podrá negarle su concurso cuando en justa reciprocidad aquél le pida otro, pues de lo contrario asomaría a la punta de nuestra pluma la palabra mediación, y francamente, preferimos creer que Salvatella, tarde o temprano, pero de buena fé, como Melquíades, vendrá a la Monarquía, de cuyo actual Gobierno ha recibido tan señalado servicio, que claro está no le habrá prestado de balde.

De otra manera, ni Salvatella ni el Gobierno tendrían perdón de Dios obrando como han obrado.

PROBLEMAS SOCIALES

Política intervencionista

No hace muchos años que el ilustre Canalejas estudiando la actitud del partido liberal en la política intervencionista, combatió a los adeptos de una libertad inorgánica que convertiría la sociedad en vasto desierto, en cuyo centro se alzara el soberbio monolito del Estado. Doñase de escuchar a hombres importantes del liberalismo afirmar que la orientación social, máscara de socialismo, no cabe dentro del partido liberal; que el partido liberal es un partido de clase media, de burguesía.

Invocábase entonces como razón para que el partido liberal rechazase las nuevas tendencias, el hecho de que la Revolución de 1868 fué predominantemente individualista; pero ¿reniega de la Revolución quien aspira a completarla? Más grande y trascendental fué la de 1789 en Francia, y, sin embargo, en el curso del siglo XIX se rectificó, se amplió, se completó. ¿Cómo lograr en el año 1868 la conquista de la libertad económica si aún estaba en pleito la libertad política y no enteramente asegurada la libertad civil?

Años antes de la Revolución conmovió a las gentes cultas la célebre polémica entre el inolvidable Pi y Margall, que dirigía «La Discusión», y Castelar, el verbo de la elocuencia, que inspiraba «La Democracia». Castelar, creyente en la eficacia de la iniciativa individual y de la caridad, y Pi Margall, más partidario de la justicia que de la filantropía, eran ambos demócratas y republicanos federales.

Figuerola, Moret, Rodríguez, Pastor, muchos publicistas ilustres, combatieron con rudeza a Pi Margall y lograron de Albaida que negase el título de demócratas a los

socialistas, excomulgando a Pi y moviéndole a recabar la llamada *declaración de los treinta*, suscrita por Orense, por Becerra, por García Ruiz.

Cambiaron los tiempos, y en plena Restauración, Cánovas con discursos francamente orientados en sentido socialista, Moret con la creación de la primitiva Junta de reformas sociales, rindiéronse al imperio de los hechos y a la fundamental transformación operada en la Economía política por la Sociología contemporánea.

Y en 1902, en el programa ministerial que redactaron Moret y Canalejas quedó incorporado al programa del partido liberal: la creación del Instituto del trabajo, para organizar la inspección y la estadística y redactar proyectos legislativos; la Ley sobre el contrato de trabajo, que había de redactar ese Instituto; la Ley de huelgas y la de Consejos de conciliación; además la transformación radical del impuesto de consumos y del arancel de Aduanas, para abaratar las subsistencias, impulsando las Asociaciones cooperativas. No se incluyó en aquel programa, pero lo aceptaron Sagasta y Moret, el compromiso, propuesto por Canalejas, de «atender al proletariado agrícola, que constituye el nervio de la Nación y con su hacienda y su sangre sostiene en paz o en guerra las cargas del Estado; de reformar la Ley de expropiación forzosa, atribuyendo un sentido social más extenso al concepto de la utilidad pública».

Y años antes, Gamazo, cuya profunda cultura política nadie puede desconocer, tronaba contra los acaparadores territoriales, declarando su deseo de poner obstáculos a los latifundios, de proteger a la pequeña y mediana propiedad, sin la cual la gran propiedad no tendría dique y caeríamos en la inestabilidad y el desorden, determinantes de la ruina de la Nación.

La idea fundamental de Canalejas fué en 1902 y en ulteriores propagandas que las actuales aplicaciones de la *expropiación forzosa* se ampliaran, extendiéndose a la *utilidad social*, dilatando los estrechos moldes en que aún se encierra el concepto de *utilidad pública*.

Quede, pues, sentado que en los últimos diez años se incorporaron, con tales o cuales salvedades por parte de algunos prohombres del partido liberal, las doctrinas más acentuadas de la intervención del Estado en la industria y la propiedad territorial, a las fórmulas go-

bernantes de nuestro partido.

Y en esto como en todo; apesar de ello, nuestros constantes detractores, aquellos cuya labor es eternamente negativa, nunca constructiva, de la misma manera que nos presentan como unos intransigentes centralistas han procurado presentarnos como enemigos del obrero; no lo han conseguido sin embargo, porque la gente sensata se ha convencido que toda su propaganda se reduce a palabras, palabras y palabras.

Hay que acabar la guerra

Creemos llegada la hora de que el Gobierno, rectificando la política marroquí, procure por todos los medios acabar la guerra. Hace ya demasiado tiempo que el país viene consumiendo sus energías en una campaña que está diezmando lo mejor de nuestra juventud y acabará por agotar nuestros recursos, y lo que es peor, nuestro crédito.

Comprometidos por el tratado de Algeciras a pacificar nuestra zona de influencia comprendemos perfectamente que los Gobiernos que se han venido sucediendo han tenido la imperiosa necesidad de cumplir los compromisos contraídos, pero hay que tener en cuenta que estos se limitaban a simples operaciones de policía y jamás pudo creer el país que habíamos de engolfarnos en una guerra que nos está costando mucha sangre y muchos millones.

Más de cinco años hace que tenemos allende el Estrecho un numeroso ejército que está luchando con bizarría y heroísmo para sofocar el estado anárquico de kábilas inciviles que nos hostilizan traídoramente y por más que se han prodigado los actos de heroísmo por parte de nuestros soldados, la región Rifeña continúa en el mismo estado de salvajismo que antes de pisar aquel ingrato suelo nuestro valeroso ejército.

Se nos objetará que para poner a raya a aquellas kábilas semi-salvajes y levantiscas hay necesidad de un duro castigo y que en casos análogos, Francia, Bélgica e Inglaterra han procedido en forma parecida. El caso sin embargo no es igual, ni mucho menos; aquellas Naciones, sobre ser mucho más ricas que nosotros, han sido mucho más videntes y previsoras, preocupándose en